

Apunte sobre la universidad

JOSÉ DÉNIZ ESPINÓS*

La universidad representa la culminación del proceso de maduración intelectual y cumple un papel crucial en la vida social y cultural. Tradicionalmente, se ha caracterizado por formar los «recursos humanos» calificados que requieren los grupos dominantes y en esa ruta se ha promovido la movilidad social ascendente. En favor de la democratización social, durante las últimas décadas la enseñanza superior se ha masificado, pero en contraste se ha estado generando una oferta de trabajo calificado que excede a la demanda y los perfiles laborales del sistema productivo. Al tiempo en que se ha debilitado su contribución en la organización capitalista del trabajo, la universidad ha perdido capacidad innovadora, incluso se ha tornado reacia al cambio y continúa reproduciendo las jerarquías sociales propias de la estructura socio-económico-política de la que forma parte. El desencaje del papel histórico de la universidad en el desarrollo capitalista ha redundado en una disfuncionalidad institucional. De ahí la necesidad de abrir un debate abierto sobre el ciclo histórico de la universidad y las posibilidades de transformación en un contexto de desarrollo contradictorio.

Introducción

¿La universidad que aún conocemos ya no sirve ni al sistema ni a las políticas alternativas progresistas? ¿Su ciclo histórico ha terminado? ¿Es posible otra universidad sin que sea parte de una estrategia de desarrollo que la incluya activamente dentro de sus planes? Las distintas visiones y estrategias por las que se opte generarán diferentes enfoques y, por lo tanto, respuestas diversas, seguramente opuestas. Hay que debatir e impulsar la respuesta que corresponda según las convicciones que se tengan. Ni indiferencia ni neutralidad. No es un problema de una minoría de la población (estudiantes y trabajadores docentes, administrativos y manuales), sino que afecta directamente, a medio y largo plazos, al conjunto social y a su nivel de bienestar.

Para unas reflexiones más adecuadas, sería necesario indicar el tiempo y el espacio. Sin contexto histórico definido no hay explicación válida.

Y menos aún propuestas de cambio viables. Sin embargo, con absoluta conciencia, lo que aquí se pretende es tan simple como escribir algunas anotaciones o apuntes, con grados considerables de imprecisión, para poder discutirlos en concreto en otro momento o circunstancia. Dicho de otra manera, son apenas unas pocas notas para un debate. Para ello, inicialmente, se dejan señalados algunos elementos de un cierto contexto, para, posteriormente, centrarse en la universidad como ámbito institucional de la enseñanza superior y en algunos problemas destacados.

Un cierto contexto

Traspassada la mitad del siglo XX, cuando se estaba en plena etapa de reconstrucción por los efectos de la Segunda Guerra Mundial, a la vez que se produce un reajuste en los términos de dominación y hegemonía mundial, se da una verdadera explosión educativa. Hay un crecimiento

*Docente investigador, Unidad Académica en Estudios del Desarrollo, Universidad Autónoma de Zacatecas



Traspasada la mitad del siglo XX hay un crecimiento vertiginoso en el número del alumnado en todos los grados de la escolaridad, con variaciones de crecimiento por cada país, fenómeno que ocurre tanto en los países más industrializados de Europa y en Estados Unidos como en los denominados países «en vías de desarrollo».
Fotografía: Public Record Office Victoria, 1954

vertiginoso en el número del alumnado en todos los grados de la escolaridad, con variaciones de crecimiento por cada país, fenómeno que ocurre tanto en los países más industrializados de Europa y en Estados Unidos como en los denominados países «en vías de desarrollo», incluidos naturalmente los latinoamericanos. No es ninguna casualidad que esto acontece en el mismo contexto en el que el desarrollo se convierte en una disciplina institucional, con un papel sobresaliente de los denominados pioneros del desarrollo, y en las referencias explícitas al desarrollo en los primeros documentos de creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU).

¿Qué determina esta explosión educativa? Varios y combinados son los factores determinantes. Por una parte, hay una causa ubicada en la necesidad económica y cultural de aumentar la calificación de la población. La falta de ello redundaría en un freno al propio crecimiento y desarrollo. Es una necesidad cuantitativa y también cualitativa. Para el considerado «progreso económico», es imprescindible una fuerza de trabajo más calificada, lo que implica fuertes inversiones en el aparato escolar. En esa medida, el sistema educativo debe ir adaptándose a las necesidades cambiantes de la estructura económica y social. Por otra parte, existe la tendencia en amplias ca-

pas de la población a identificar en la educación un bien merecedor de ser alcanzado, puesto que la conciencia social comprende, cada vez más, el valor de la enseñanza regulada. Dependerá del tipo de conciencia o necesidad que este comportamiento sea en función de un prestigio social, de una forma de realización más plena en la vida personal o, muy especialmente, de un medio para obtener mejor posición social, con una movilidad social ascendente.

La educación es definida según el paradigma que se asuma. Al existir diversas visiones, hay variados contenidos conceptuales. En todo caso, siempre a la educación se le ha dado gran trascendencia, aunque con el transcurso del tiempo su valoración haya cambiado. No ha sido lo mismo en las antiguas ciudades griegas y latinas, donde se le enseñaba al individuo con fuertes grados de subordinación, que en la Edad Media europea, donde la educación era ante todo cristiana, o en el transcurso del Renacimiento, donde adopta un carácter más artístico; como también diferentes son los enfoques de Kant o Stuart Mill en los siglos XVIII y XIX, al igual que sucedió en el siglo anterior al actual. En este caso, vale considerar, por ejemplo, que a principios del siglo XX Émile Durkheim (1858-1917) la percibió como

la acción ejercida por las generaciones adultas sobre las que todavía no están maduras para la vida social. Tiene por objeto suscitar y desarrollar en el niño cierto número de estados básicos, intelectuales y morales, que exigen de él la sociedad política en su conjunto y el medio especial al que está particularmente destinado.¹

Es indudable que, a pesar de las disparidades en las concepciones, pervive cierta continuidad en el papel que se le atribuye a la educación por parte de las élites. Es necesaria la inserción, mediante la socialización, del sujeto en la sociedad. Se aprecia que la educación es cosa de autoridad y debe reprimir el «egoísmo natural» de las personas, empezando desde la infancia, siendo esta una tarea de los padres y de los maestros como autoridades morales, que prepara a las nuevas generaciones para acatar leyes y reglas. Con meridiana claridad lo afirma Talcott Parsons (1902-1979), exponente de la teoría de la acción social desde un enfoque estructural-funcionalista:

desde el punto de vista funcional, la clase escolar puede ser tratada como una agencia de socialización. Es decir, es una agencia a través de la cual las personalidades individuales son entrenadas para ser motivacional y técnicamente adecuadas para el cumplimiento de los roles adultos.²

Desde otra perspectiva, se defiende la necesidad de introducir el concepto de clase social en todo análisis que se haga de las formaciones económico-sociales capitalistas, como realidades históricamente concretas. En una sociedad de clase, el proceso de socialización constituye el proceso de internalización de la cultura e ideología dominante, donde el sistema educativo cumple un papel muy relevante. Pero las clases no son un todo homogéneo. Existen fracciones y contradicciones. Y éstas últimas existen de forma interclase

e intraclase. Las relaciones dinámicas entre ellas hacen posible que unas detenten el poder económico, pero no necesariamente el poder político o la hegemonía ideológica y cultural. El aparato educativo tiene funciones no sólo educativas sino también económicas, vale decir, no transmite únicamente el patrimonio cultural y desarrolla las capacidades de los individuos para su integración social, sino que también forma «recursos» humanos para la actividad económica, de ahí su articulación con los proyectos de desarrollo y «modernización» de la sociedad. Naturalmente que esto difiere según cual sea la naturaleza dominante de la formación histórica, pues no es lo mismo en el centro que en la periferia del sistema.

En línea con lo anterior, cabe recordar a otros autores y debates muy sobresalientes años atrás y que hoy apenas son recordados. Estos autores abordaron la cuestión de la escuela con relación al poder y el cambio social, y, aunque aquí tan sólo quedarán citados, son merecedores de un estudio más detenido. Ellos son Antonio Gramsci (1891-1937), Louis Althusser (1918-1990) y Michel Foucault (1926-1984). Gramsci, «discute la idea de que las formas políticas y culturales son un mero reflejo de la economía que las determinan totalmente», considerando «que la relación entre la infraestructura y superestructura no se da de una manera mecánica, del orden de la causa y el efecto», dado que si bien «la infraestructura condiciona a la superestructura», sin embargo «esta última también condiciona a la infraestructura de manera dialéctica», otorgándole «de esta manera un papel importante a lo político, lo cultural, lo religioso, lo jurídico e ideológico en la consolidación y en el cambio de un orden social».³ Posteriormente, los trabajos de Althusser y Foucault inciden en lo mismo, en la insuficiencia de la explicación determinista de que la superestructura es «un mero reflejo de la economía». La educación y la escuela hay que pensarla «como parte de un entramado de relaciones de poder que es necesario y posible disputar si se piensa el cambio social», pues no es sólo un espacio de reproducción o ámbito a transformar cuando se alcancen otros cambios más significativos.⁴ Althusser⁵ introdujo el concepto de aparato ideológico del Estado (en contraposición y complemento de los aparatos represivos del Estado), que incluye el sistema educativo, pero también los sistemas jurídico, político, sindical, informativo, familiar, entre otros, los cuales son instituciones especializadas. En el tema del aparato escolar, precisa el autor, que no crea la división de clases, aunque sí contribuye a ella, recordando que la lucha de clases cruza los aparatos del Estado de manera antagónica.

¹ Émile Durkheim, *Educación y sociología*, Madrid, La Lectura, 1922-s/f, p. 64, citado por Thomas Vasconi e Inés Recca, *Modernización y crisis en la universidad latinoamericana, en la educación burguesa*, México, Nueva Imagen, 1977, p. 19.

² Thomas Vasconi e Inés Recca, *op. cit.*, pp. 19-20.

³ José Antonio Kiefel, *Escuela, poder y cambio social. Una lectura desde Antonio Gramsci, Louis Althusser y Michel Foucault*, Bernal, Argentina, Universidad Nacional de Quilmes, 2014, p. 2 y siguientes.

⁴ *Idem.*

⁵ Louis Althusser, *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

La universidad

La universidad representa la coronación de un proceso de maduración intelectual y ha venido incidiendo profundamente en la vida social y cultural de los países. Su función tradicional ha sido la de formar los «recursos humanos» calificados que el grupo dominante considera necesarios. Por este medio se fue dando también una movilidad social ascendente, ya que transcurrir por los sucesivos escalones del sistema educativo implicaría un sucesivo ascenso social.

Sin embargo, desde hace ya un considerable tiempo, pero agudizado a partir de la crisis de la última década, se ha puesto en cuestión a la propia institución educativa, lo que incluye su condición de institución reproductora de las funciones que requiere la organización capitalista del trabajo. A esto hay que añadir que la propia institución universitaria reproduce las funciones y jerarquías sociales de la estructura socio-económico-política de la que forma parte. En buena medida es una réplica de determinados fenómenos que suceden en su exterior. Su anquilosamiento y cada vez menor capacidad innovadora la ha ido convirtiendo en una institución conservadora en todos los órdenes, además de reacia al cambio en todos los órdenes.

En las últimas décadas, la enseñanza superior se masificó, lo que implicó una democratización social. Pero cada vez más se fue creando una oferta de trabajo calificado mayor a la demanda del sistema productivo y al perfil que este requiere. Paulatinamente, ambos se fueron distanciando, con especificidades en cada uno de ellos, pero reflejando el modelo de desarrollo vigente. Esto ha profundizado la disfuncionalidad del histórico papel universitario con respecto a la realidad misma del desarrollo capitalista que se implementa.

Dicha situación se percibe inicialmente en los países considerados el centro capitalista, aunque luego se extendió a otras regiones del mundo, incluida América Latina. Así fue que se evitó el ingreso de miles de jóvenes al mercado de trabajo transformando a la inmensa mayoría de las universidades en enormes estacionamientos humanos. El prestigio de muchas de ellas se empezó a

medir por el número de carreras y de estudiantes, no por la calidad de los mismos. Las subvenciones aumentaron, a la vez que simultáneamente se crearon posgrados y estudios de especialización para formar profesionales «más eficientes». Ser licenciado ya no era suficiente, además es necesario poseer un grado de maestría para ser «más competitivos». Después, para ganar aún más competitividad, se requirió el grado de doctorado. Esa estructura administrativa de continuidad en el aparato educativo, con cursos no masivos y un alto grado de autonomía, fue aislando a las universidades de la lucha política e incrementando la despolitización.

Dicho lo anterior, debe recordarse que la citada enseñanza de masas de pregrado se contradice con la institución educativa que fue concebida en su origen para las élites, para minorías. Asimismo, hay que considerar que al interior de varios países o regiones la escolarización de masas no ha sido una demanda del sistema económico por cuanto éste no requirió abundancia de mano de obra calificada, principalmente en determinados sectores. Pero a medida que tales sociedades se fueron transformando («modernizando»), se requirió fuerza de trabajo algo más calificada, por lo menos con enseñanza secundaria. Este nivel fue cubierto con cierta facilidad por los hijos de capas medias y de asalariados no manuales en general. El paso siguiente, como se dijo antes, fue cursar la enseñanza universitaria, que se fue masificando también.

Según el país y el momento histórico correspondiente, lo que incluye sus políticas de desarrollo, la universidad a la que se creyó llegar no va a satisfacer sus expectativas. Muchos jóvenes comprobaron que esa enseñanza superior era anacrónica, separada de la producción, generadora de profesionales mayoritariamente para el sector terciario. Rápidamente, la masificación la fue deteriorando. Hay carencia de aulas, edificios adecuados, laboratorios, bibliotecas, docentes. Nuevas contradicciones se generan entre viejos moldes. El *parking* o «estacionamiento» universitario no es suficiente respuesta. Los estudiantes que toman conciencia de esta realidad se revelan. Varios de los conflictos y reivindicaciones del movimiento estudiantil de esos años deben analizarse desde esta perspectiva. Con el paso del tiempo, el antiguo beneficiario de la división del trabajo, el que por estudiar ascendía socialmente, ve degradada su posición en el mercado. Su destino se prefiguró como vendedor de fuerza de trabajo por un salario en un mercado laboral cada vez más competitivo. Su antigua ideología «pequeño burguesa» no corresponde a su realidad, que está sustancialmente vinculada a los problemas de salario, vivienda, salud y demás. Esto es, a la vida cotidiana de los trabajadores en la sociedad capitalista, aunque no asuman su condición en la estructura de clases y rechacen identificarse como trabajadores, autodefiniéndose como integrantes de la «clase media» (categoría sociológica amorfa donde las haya, a

En América Latina fue la reforma universitaria iniciada en Córdoba, Argentina, el 15 de junio de 1918, la que logró que la universidad se consolidara como el pedestal de «docencia, investigación y extensión» y la misión, las funciones y los objetivos se propagasen por buena parte de la región.

no ser que sólo se la considere en términos de ingresos y unos pocos indicadores más), como si ésta no fuera conformada por gente que vive a partir de su salario. Es el poder de la ideología, de lo simbólico, de la apariencia, lo que el sistema dominante ha sabido muy bien difundir y hacer creer. De modo que, a menor conciencia social, más hegemonía de la clase o grupos dirigentes.

Algunos problemas para considerar

En las últimas décadas, a nivel mundial el tema de la educación superior y sus principales tendencias está presente en varias agendas para el desarrollo. Cabe citar, por ejemplo, las Conferencias Regionales de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés) en La Habana y Córdoba, en 1996 y 2018, respectivamente, y las Conferencias también de UNESCO

en 1998 y 2009. En estos foros de debate prevaleció el concepto de educación superior como un derecho humano y un bien social público. Este enfoque ha sido contrario a las tesis privatizadoras de la Organización Mundial del Comercio (OMC) y el Banco Mundial (BM), que apoyan las tendencias mercantiles predominante en la educación superior. De imponerse una segunda oleada neoliberal, como parece estar ocurriendo, la privatización y la mercantilización continuarán aceleradamente, con un Estado que aportará cada vez menos financiamiento a la educación superior pública. Por ello, ante esta probabilidad, es muy importante estimar cuál será la correlación de las fuerzas políticas para conocer los escenarios previsibles y actuar en consecuencia.

El paso del tiempo, especialmente en el último siglo, ha demostrado lo relevante que significa ser consciente de la fase de desarrollo capitalista



en que se encuentra el sistema y quiénes son los sujetos dirigentes. En esos años se pasó de la universidad de élite a la universidad de masas y se consolidó el pedestal de la «docencia, investigación y extensión» como el referente de la misión, las funciones y los objetivos de la universidad. En el caso de América Latina, fue la reforma universitaria iniciada en Córdoba, Argentina, el 15 de junio de 1918, la que logró que ello se propagase por buena parte de la región. ¿Cien años después puede afirmarse que siguen vigentes postulados como la autonomía, el cogobierno, el concurso docente, la docencia libre, la investigación científica, la extensión universitaria y la misión social de la institución? Seguramente la respuesta tendrá que ser diversa según los lugares y las circunstancias. Al igual que otros valores que aquellos jóvenes defendieron entonces, como el de una universidad democrática, científica y humanista comprometida con el desarrollo del país y que proclamaba que la educación no es una mercancía sino un derecho. Ello incluía un proceso de democratización interna de la universidad, además de garantizar no sólo el ingreso de los alumnos sino también la permanencia de los que quieran estudiar, para así avalar la igualdad real. También se pensaba que era irrenunciable modificar la visión colonizada que predominaba en sus contenidos y formas, para de esa manera hacer posible la pertinencia de la propia producción académica y científica, destacando los grandes temas del desarrollo nacional a los que debe servir.

La diversidad de lugares y circunstancias no impiden afirmar que buena parte de lo demandado en aquel entonces sigue estando vigente, que debería alcanzarse lo antes posible, aunque ahora se añadan nuevos objetivos o se modulen algunos de los del pasado. Pero las dos preguntas primigenias son: ¿para qué se quiere a las universidades? y ¿qué esfuerzo social se está dispuesto a hacer en ellas?

Da la impresión que cada vez más interesa menos un debate público donde se cuestione el modelo y se propongan alternativas. Afuera del sistema universitario, ¿importa realmente la

educación superior?, ¿qué función se le atribuye en los programas electorales y sus propuestas de desarrollo o con el pretexto de respetar la «autonomía» no se dice nada o puras generalidades?, ¿las únicas universidades que interesan al sistema y sus gobiernos son las universidades privadas globalizadas, donde sí hay transformaciones, aunque estas respondan a una lógica mercantil?, ¿lo realmente importante es aparecer en algún *ranking* internacional, especialmente cuando es anglosajón? Por supuesto que es más cómodo (pero también cómplice) dejarse llevar por la inercia, por la desidia o, simplemente, que impere el silencio.

Cuántas veces las élites políticas consideran que la creación o la gestión de las universidades están al servicio de su rentabilidad electoral y en esa medida están adulterando los propios fines de la institución y generando un gran prejuicio a las mismas y al propio erario. Cuántas veces esas mismas élites en alianza con otras aprecian la categoría de la universidad por el número de especialidades, y no por la calidad de las mismas, como si a mayor oferta aumentara la calidad de la prestación, cuando muchas veces es todo lo contrario, sobre todo por la falta de expertos de buen nivel académico.

Los profesores deben dividir su tiempo, y ser así evaluados, tanto por la docencia como por la investigación. Un exceso de lo primero repercutirá negativamente en lo segundo, y viceversa, pues los tiempos de una y otra son diferentes y un elevado desequilibrio entre ambas afecta su calidad. También perjudica dedicar más tiempo del debido a las labores de gestión, cuando existe personal administrativo capacitado para ello. De igual modo es necesaria la estabilidad laboral, a la vez que la movilidad entre centros para compartir actividades con docentes-investigadores asociados. Esto ayudaría a romper espacios estancos y articularía más y mejor a la universidad con el resto de la sociedad.

En la esfera de la investigación, hay que asumir sin complejos que el conocimiento es absolutamente global, por lo que hay que tener instrumentos idóneos para incentivar la excelencia y dar a conocer lo que se produce. Esto último incluye disponer de personal y de fondos para traducir los trabajos, tanto los ajenos como los propios. Sin embargo, y más allá de las traducciones, un tema muy sensible en el mundo universitario es precisamente el origen de los fondos para la investigación. Como desde hace años los presupuestos de las universidades han descendido, el recurrir a financiamiento privado ha sido una posibilidad, hecha realidad en algunos países y universidades bajo el amparo de ciertas normativas. Así ha sido como algunos investigadores accedieron a contratos con empresas, fundaciones o instituciones externas a la universidad para realizar asesorías o investigaciones.

Por otra parte, la oferta académica tradicional de las universidades fue incorporando titulaciones de otro nivel y temática,

incluyendo cursos en línea, generalmente —pero no siempre— de duración más corta. En algunos casos, estas acreditaciones cubren necesidades promovidas desde las propias empresas y dirigidas a sus trabajadores, gran parte de los cuales nacieron en Silicon Valley, donde alguna universidad empezó a expedir certificados que no tienen un reconocimiento académico, pero sí empresarial, que es lo que importa, dado que se valora más lo que se sepa hacer que el título que se posea. Cualquiera de las modalidades señaladas ha sido de pago, lo que implica grados significativos de mercantilización de la universidad pública, pero como el ideal de financiación exclusivamente público no ha sido posible, ésta es una consecuencia que se ha ido generalizando. Entre lo ideal y lo real, ganó la necesidad. ¿Esto responde a la lógica de adaptarse o morir y por lo tanto es inevitable?

La respuesta a esta última pregunta dependerá fundamentalmente de las políticas públicas que los gobiernos hagan suya, como parte de su estrategia de desarrollo. Así, por ejemplo, si un Plan Nacional de Desarrollo tiene como meta que el Estado garantice el acceso a la educación superior y que ésta sea obligatoria y gratuita, tendrá necesariamente que establecer su financiamiento, de lo contrario sería inviable ampliar la planta docente y de otros trabajadores, equipar laboratorios y bibliotecas, conceder becas, etcétera. El Plan tiene que considerar cuáles serán los ingresos fiscales para que los gastos públicos en educación sean posibles y que las partidas presupuestales no afecten a otras actividades, conservando las universidades su libertad en la toma de decisiones de las líneas y objetos de investigación, sin condicionamientos de quién o quiénes financian.

Finalmente

En las líneas anteriores quedan muchas preguntas sin responder y muchos matices por hacer, además de que faltan otras consideraciones de gran alcance. La tarea de pensar la universidad que se desea es una tarea colectiva, conjunta, de todos y cada uno de los estamentos y sujetos que forman parte de ella. Quienes crean que tienen las respuestas a todas las preguntas, y que ellas son la verdad, es que seguramente piensan como alquimistas que han

encontrado la piedra filosofal y el dogmatismo les ha obnubilado.

En todo caso, la universidad que se quiera debe inscribirse en el país que se quiere. Los sujetos son clave para el éxito o el fracaso del intento de transformación, empezando por los estudiantes y los docentes, e incluyendo al personal administrativo y auxiliar y, obviamente, a los directivos. No basta con tener un buen modelo formal de universidad. Es sustancial, junto a lo anterior, el contenido curricular: ¿se puede seguir contraponiendo las humanidades y las ciencias? ¿Acaso el pensamiento filosófico y el científico son cosas diametralmente distintas? ¿Es posible conocer la realidad desconociéndolos? ¿Y qué papel desempeña el conocimiento de la historia, del territorio y sus instituciones y recursos? ¿Qué decir de la tecnología y las innovaciones? ¿El arte es un mero adorno de museos o salones elegantes?

No queda otra que seguir aprendiendo empujando, con una actualización permanente del aprendizaje, como lo exige una realidad marcada por la sociedad del conocimiento, con especificidades disciplinarias, pero también con habilidades genéricas y valores universales. Las amenazas y desafíos son evidentes, no hipótesis de trabajo. Forman parte de la cotidianidad fenómenos tales como el cambio climático, la robotización y la inteligencia artificial, junto a altas tasas de desempleo y desigualdad. Y mucha inseguridad en todos los planos de la vida. Todo indica que las respuestas en positivo no deben hacerse esperar, pues las incertidumbres y el miedo son malas consejeras y paralizan los cambios indispensables, en el mejor de los casos, o llevan a un retroceso histórico. 